

colorchecker CLASSIC



calibrite

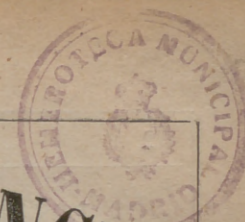
EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO I.

MADRID 4.º DE ABRIL DE 1874.

NUM. 4.



SGCB2021

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO I.

MADRID 4.º DE ABRIL DE 1874.

NUM. 4.



LOS DOS HERMANOS.



«Margarita, ven, ven á jugar conmigo,» dijo un niño de seis años á su hermana mayor, que lo era de nueve, y estaba cosiendo un vestido para su muñeca. «No, Eduardo, mi pobre niña no tiene traje, y yo quiero acabar éste ántes que venga mamá.» Su hermanito empezó á jugar solo con un tambor, pero á los pocos minutos estaba otra vez al lado de Margarita instándola: «Deja tu muñeca y ven, no quiero jugar solo.» Margarita estaba dispuesta á decir: «No, no, véte;» pero siente una voz que la dice: «Hijitos, amáos unos á otros.» Tal fué el texto del sermón, que ella habia oido el Domingo anterior, y aunque no pudo comprender todo lo que dijo el Pastor, se acordaba de la resolucion que habia tomado de seguir las palabras de Jesus, que habia dicho á ella como á todos los demas: «Este es mi mandamiento, que os ameís los unos á los otros como yo os he amado.» En seguida puso su labor en la cesta y con alegría preguntó á su hermanito: «A qué vamos á jugar?» «Jugaremos con mi juguete de composicion,» contestó Eduardo.

Habia recibido Eduardo este juguete algun tiempo ántes, como aginaldo en el dia de Navidad, pero no sabia aun usarlo solo. Con mucha amabilidad le ayudó su hermana, poniendo todos los pedacitos en sus sitios res-

pectivos. En el grabado se ve, cómo ella busca los sitios de los pedazos y cómo Eduardo se alegra, viendo el cuadro crecer entre sus manos.

Cuando vino la madre de los niños, un grito de alegría le daba la bienvenida, y Eduardo corria hácia ella exclamando: «Mira, mamá, el cuadro que Margarita ha hecho. ¿Ves las ovejas con sus corderitos y la pastora con su cayado? De estas peñas grandes sale una fuente cristalina, y la casa debé estar detras de estos árboles. ¿No ves allí las tejas y la chimenea?» «Sí, lo veo todo, dijo la madre, y mañana te contaré un bonito cuento de un pastor y de sus ovejas, y te enseñaré un cántico muy hermoso.»

Se alegraba encontrar á los dos tan alegres y unidos, y alababa á su hija. ¡Cuán contenta se puso Margarita, viendo que habia dado placer no solamente á su hermano, sino tambien á su madre, á la cual queria con todo su corazón!

Pero un gozo mas profundo sintió por la noche, cuando leyendo en su Biblia ántes de acostarse, encontró las palabras siguientes: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicisteis.»

REFRANES.

No es oro todo lo que reluce.
El gato escaldado del agua fria huye.
No hay mal que por bien no venga.



LOS DOS CORDERITOS.

Entre las hermosas montañas de un país lejano se paseaban tranquilos dos tiernos corderitos juntamente con su madre, llamada *Inocencia*; cuando hé aquí, que de repente vienen á caer en las garras de un feroz leon que asolaba aquel país. La fiera destrozó á la madre y se disponia á devorar tambien sus hijos, cuando se presentó en aquel sitio un buen pastor, que yendo en busca de sus perdidas ovejas, acertó á encontrarlas, y á librar los indefensos corderos de las garras de la fiera, mediante una fuerte lucha que le ocasionó graves y muy profundas heridas.

Pero el buen pastor, sin pararse ni á mirar la sangre que brotaba en abundancia de sus heridas, ni á sentir los dolores agudísimos que estas le producian, pensó solamente en los dos animalitos que acababa de salvar. Los

toma sobre sus hombros, descende de la montaña, teatro de la catástrofe, y penetra en un frondoso valle que se extendia á sus pies, en torno del cual serpenteaba tranquilo y majestuoso un rio de pura y cristalina corriente. Con sus aguas lavó las manchas de sangre y lodo que ensuciaban la blanca lana de los maltratados corderillos, curó sus heridas con ciertas plantas medicinales que crecian á las orillas del rio, y por fin los colocó sobre la delicada y fina yerba de aquel valle.

Entónces dejando caer sobre ellos una tierna y cariñosa mirada, les dice:

«Corderitos míos, ya veis cómo os he librado de las garras del leon, y cómo, solícito de vuestro bien, os he conducido en mis hombros hasta este tranquilo sitio. Aquí podeis morar en paz, seguros y exentos de todo peligro. Aquí hallaréis cuanto podais necesitar y viviréis felices, si obedecéis siempre mis órdenes y os sometéis á mis mandatos. Yo vendré á menudo á visitaros y un dia os sacaré de este valle para conducirlos á otro mas ameno, os llevaré de este á otro lugar mas placentero, mas deleitoso y feliz, donde reuniré todos mis corderos, todas mis ovejas fieles y obedientes, para que gocen allí de una inmejorable dicha, de una ventura perdurable. Pero entretanto, cuidado con que dejes ni un instante este valle; pues en ningun lado, fuera de él, podréis hallaros seguros: si llegarais á atravesar el rio, os veriais nuevamente en peligro de

caer entre las garras del leon que tanto os ha maltratado.»

Con estas palabras el buen pastor se despidió de los corderitos, y se retiró á descansar y reparar sus debilitadas fuerzas. La nueva morada de los animalitos ocupaba una buena posicion: el lugar en que se hallaban era placentero, hermoso, al abrigo de las tormentas y resguardado de los frios vientos que soplaban por aquellas montañas. En las orillas del rio crecian lozanas plantas y copudos árboles, cuyas anchas hojas, desviando los rayos del sol, convidaban á descansar bajo su agradable sombra, y prestaban cariñoso albergue á multitud de pintados pajarillos, que meciéndose voluptuosamente entre sus ramas llenaban el espacio, y alegraban el frondoso valle con sus arpegios y melodiosos trinos. El valle estaba cubierto de verde alfombra de abundante grama salpicada de vistosas flores. Los corderillos pastaban saludables pastos, se abrevaban en ricas aguas, gozaban de blando y mullido lecho y respiraban un purísimo ambiente. Se querian mucho el uno al otro; pero querian todavía mas al buen pastor, que los visitaba diariamente, dándoles distintas muestras de su bondad y de su cariño.

Cierto dia, que como de costumbre venia al valle, le salió al encuentro uno de los corderitos, llamado *Pacífico*, retozando contento y gozoso á sus pies, mientras que *Inesperto*, así se llamaba el otro, léjos de imitar á

su hermanito, se retiró con aire triste á la otra parte del valle, como si quisiera sustraerse de las miradas del pastor á quien debia la vida.

(Se continuará.)



Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfollies; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?

MATEO 6, 26.

PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.
Capítulo primero.

¿Cuántas historias de Nuestro Señor Jesu-Cristo hay en el Nuevo Testamento?

¿Quién fué San Mateo, el autor del Evangelio?

¿Qué es lo que incluyen los primeros diez y siete versículos del Evangelio de San Mateo?

¿Puede V. nombrar dos ó tres personas de las mas distinguidas en la genealogía?



- 1 Manso cordero ofendido,
Puesto en una cruz por mí,
Que mil veces os vendí
Después que fuisteis vendido,
- 2 Dadme licencia, Señor,
Para que deshecho en llanto,
Pueda en vuestro rostro santo
Llorar lágrimas de amor.
- 3 ¿Es posible, Vida mia,
Que tanto mal os causé;
Que os dejé, que os olvidé,
Ya que vuestro amor sabia?
- 4 Tengo por dolor mas fuerte
Que el veros muerto por mí,
El saber que os ofendí,
Cuando supe vuestra muerte.
- LOPE DE VEGA CARPIO.

LOS DOS CORDERITOS.

(CONTINUACION.)

Una vez que el Pastor se hubo despedido de *Pacífico*, dijo éste á su hermanito:

«Querido hermano: ¿por qué te conduces de esta suerte? ¿A qué fin obedeces tu extraña conducta? ¿Careces de algo por ventura? ¿Te falta quizás alguna cosa? y si te falta, ¿no puedes pedirla á nuestro buen pastor que sabes nos quiere tanto, y nos proporciona, no solo lo que es bueno, sino hasta lo mejor y en abundancia?»

«¡Ay! contestó *Inesperto*, dices bien hermano mio; pero es el caso, que el pastor, léjos de darme lo que quiero, me lo ha prohibido expresamente. Mira, si he de hablarte con franqueza, me canso ya de este valle, y tengo ganas de pasar al otro lado del rio y trepar por esas montañas, que envidioso contemplo desde aquí. Allí están viendo mis ojos multitud de hermosas flores; oigo pájaros que cantan con voz mas dulce y melodiosa que los que anidan en las copas de los árboles de este valle en que vivimos; veo cabritos y ovejas, que pacen abundante yerba y parecen tan contentos, tan felices, ¡ah! ¿cómo me gustaria ir allá y corretear con ellos!»

«¡Ay! hermanito mio, respondió *Pacífico*, qué mal haces de entregarte á tan locos pensamientos. Nosotros ciertamente no debemos desear nada de lo que el pastor prohíbe; porque al fin y al cabo él mejor que nosotros sabe lo que puede sernos útil, lo que mas nos conviene.»

Los consejos de *Pacífico* eran buenos; pero esta vez fueron inútiles, y viéndolos desechados por su hermano, se decidió á hablar de esto cuando el pastor volviese.

El pastor, oída la relacion que acababa de hacerle *Pacífico*, llamó á su presencia á *Inesperto*, y con acento tierno, aunque severo, le dijo:

«¿Por qué, ¡oh corderito mio! manifestas estar tan descontento en esta quieta morada á donde te he conducido? Esos placeres que apeteces, y que parecen brindarte las montañas que divisas al otro lado del rio, son placeres engañosos, son mentidos: léjos de encontrar allí el gozo y la alegría que buscas, encontrarías peligros y dolores solamente, y vendrias en último resultado, á caer en poder de aquella bestia feroz de cuyas garras te liberté muy poco ha, á costa de mi sangre, como sabes, derramada en abundancia por tí.»

Pero, á pesar de estas palabras, *Inesperto* persistió en entregarse á sus rebeldes deseos; pasaba largas horas en los confines del valle, desde donde podia ver perfectamente á los cabritos jugueteando al otro lado del rio. Uno de estos, conocido con el nombre de *Atrevido*, empezó á trabar conversacion con él, incitando sus deseos de independencia y alentándole para que abandonase el valle.

«Ya veo, dijo el cabrito, que tienes valor bastante para emanciparte del gobierno despótico y severo de tu pastor. Tus sentimientos no son tan bajos, para que vaya á satisfacerte esa vida triste y monótona, que satisface á tu hermano; si quieres venir conmigo, te llevaré por hermosos sitios donde

gozarás un dia y otro alegremente y hallarás á todas horas placeres para tí desconocidos.»

Estos torcidos consejos produjeron el efecto apetecido en *Inesperto*, quien desde entónces menudeó mas sus visitas y paseos hácia el rio para estrechar mas su amistad con *Atrevido*, hasta que al fin, despues de varias idas y venidas, concluyó por resolverse á abandonar el valle.

En efecto, un dia al rayar el alba, abandonó muy quedito el lecho en que su hermano dormia todavía, y atravesando el rio fué á unirse con *Atrevido*, que le esperaba en la opuesta orilla. Su nuevo amigo le dió mil parabienes y enhorabuenas á su llegada, y celebró con palabras lisonjeras su valor y decision; todo lo cual contribuyó á sacar de tino al desgraciado *Inesperto*, quien no acertó á ver en las frases de su amigo el tono de la adulacion y del engaño.

Subieron pues á la montaña los dos jóvenes compañeros, y se internaron desde luego en el prado donde pastaban tranquilas las ovejas y las cabras, que *Inesperto* veia dias ántes desde el valle. «Aquí, dijo el cabrito, hallarás buenos pastos y placeres siempre nuevos.»

El cordero empezó á pacer y encontraba el pasto muy delicioso al principio; mas muy pronto conoció, que la yerba tenia la mala propiedad de producir sed abrasadora.

«No importa,» dijo *Atrevido*, «mira

este río; su agua es pura, excelente, ven y te refrescarás en ella.»

Inesperto accedió á la invitacion de su amigo, y fué á beber en las claras y límpidas aguas del río; empero ciertas plantas que crecian á sus orillas, tenían la misma cualidad que la yerba; léjos de mitigar su sed ardiente, la atizaban mas y mas; de suerte que cuantos se acercaban á beber á ese río, se sentian siempre con ganas, y nunca se encontraban satisfechos. Por otra parte, el agua llegó á producir en ellos una especie de excitacion febril, que los incitaba á cambiar de sitio á cada instante, y los hacia inquietos, versátiles é impacientes; *Inesperto* que estaba ignorante de esto, se encontraba disgustado en gran manera al ver que sus compañeros reñian unos con otros, y que cada cual no procuraba otra cosa, que tener para sí el pasto mas abundante y mejor y los lugares mejores; por cuya razon se enojó mucho y hubo de quejarse á su amigo.

«Ya se ve, contestó *Atrevido*: tú no sabes aprovecharte de esa noble libertad, que tanto parecias anhelar. ¡Pobrecito! no entra en tu ánimo esta nuestra vida tan alegre y placentera!»

«Tú me entiendes mal, replicó *Inesperto*; no es que yo no sepa gozar de libertad, no es que no me guste la independendencia; lo que no me gusta son estas riñas, estas quimeras, que francamente me afligen y al propio tiempo me irritan.»

«Entonces, vente conmigo y halla-

rás buenos pastos mas allá, dijo el cabrero.»

El cordero le siguió y anduvieron mas adelante en busca de yerba fresca; mas en esos momentos comenzaba á anochecer, y el pobre *Inesperto* no acostumbrado á unos paseos tan largos, se sentia rendido de cansancio y de fatiga.

«Eso es natural, le observó su compañero; reclínate pues sobre estas hermosas flores, y verás como concilias el sueño y cuán tranquilamente duermes al arrullo de las amantes endechas, de los cantares alegres, que modulan dulcemente, saltando de un árbol á otro del bosque, multitud de ruiseñores. Mañana volveré á encontrarte yo, y te llevaré á otros sitios donde habrá para tí pastos mejores que los que hasta hoy has conocido.» Con lo cual se despidió de *Inesperto*, quien se acostó desde luego sobre un lecho de brillantes y pintadas flores, que exhalaban la fragancia mas exquisita, y dijo para sí: «ahora, ahora sí que gozaré.»

Pero, ¡nuevo desengaño! Pasados cortos momentos, se encontró con que los cantos de los pájaros que ántes le parecieron dulces y melodiosos, se tornaban monótonos ahora, despues ásperos y últimamente inescuchables y roncós: el olor de las flores tan delicioso al principio, llegaba ahora hasta él desagradable y fuerte; y no pudiendo sufrir mas, se levanta abandonando su lecho y se tira á descansar sobre algunas hojas secas al pié de un árbol ro-

busto. En esta nueva morada, esperó dormir tranquilo; mas el viento por una parte, que silbaba fuertemente agitando con sus ráfagas las ramas de los árboles, y los roncós gritos de los pájaros por otra, interrumpieron su sueño y le hicieron pasar tan mala noche, que suspiró mas de una vez, por la mañana siguiente, cuyos primeros albores saludó lleno de júbilo, de regocijo y contento.

(Se continuará.)



ORACION DE LA MAÑANA.

Yo, Señor, cantaré tus alabanzas,
Y te consagraré de cada día
La primér hora, para dar las gracias
A tus misericordias infinitas.
Porque tú eres mi amparo, mi refugio
En todos los peligros de mi vida,
Y en mis tribulacionas mas terribles
Eres el seno en que mi amor se abriga.
Yo cantaré tu gloria, Dios amable,
Y te dirá mi alma enternecida:

Tú eres mi apoyo, mi única esperanza,
Mi dulce Dios, misericordia mia.

P. OLAVIDE.

PIZARRO Y EL INDIO.

El célebre Francisco Pizarro, conquistador del Perú, dió una prueba memorable de su cariño á uno de sus criados. En el momento en que para abreviar el camino, Pizarro atravesaba un rio, la rapidez de la corriente arrolló á un indio, sirviente suyo, que le seguia, y del cual habia recibido pruebas de abnegacion y fidelidad.

Pizarro se lanzó al instante tras él, le asió por los cabellos y tuvo la dicha de salvarle, si bien arrojando el peligro de desaparecer él mismo. Representándole vivamente sus oficiales la magnitud del peligro á que se habia espuesto, respondió:

«Seguramente, Vds. no repararian en semejantes obstáculos, si conociesen el valor de un criado fiel.»

PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

- ¿Quién fué la madre de Jesus?
- ¿Qué textos hay que indiquen que es una idolatría ofrecer á ella el honor divino, y suplicar por su mediacion?
- ¿Qué otro nombre le fué dado á Cristo por un profeta?
- ¿Qué significa este nombre, y por qué le fué dado?



LOS CAMINOS DE LA PROVIDENCIA.

Vivian en cierta ciudad de Francia unos señores ricos, los cuales tenían una niña de edad de cinco años. Esta niña, aunque adornada de singular belleza, tenía una cualidad fatal que la hacía censurable á los ojos de cuantos lo podían observar, desmereciendo con esto los encantos con que naturaleza la había favorecido.

Adelina, así se llamaba la niña que nos ocupa, era desobediente hasta para sus mismos padres. Estos la reprendían de continuo, la castigaban muchas veces privándola de lo que más apetecía; pero Adelina se mostraba indiferente: todo lo sufría con gusto con tal de hacer su capricho.

¡Pobre niña! Desde tan tierna edad parece que quería apartarse de la misericordia de su Padre celestial y hacerse acreedora á sentir su mano jus-

ticiera. Pero como Dios es un Padre justo y bueno, que no quiere que sus hijos se pierdan, sino que tengan vida eterna, á veces les manda castigos para que conozcan sus faltas y se arrepientan, como lo hizo con Adelina.

Sus padres, que ya sabemos eran muy ricos, tenian un bonito coche de mimbres tirado por un arrogante caballo blanco. En este coche solian ir con su niña todos los veranos á una granja que poseian cerca de la ciudad y en la cual vivian los abuelitos de Adelina.

Un año, como de costumbre, al llegar el verano, todo se dispuso para la marcha. Adelina saltaba llena de regocijo para demostrar su alegría. Llegado el dia de la partida, subieron en su coche y se dirigieron á la granja, donde fueron recibidos con las mayores espresiones de gozo por parte de los dos respetables ancianos.

Cierto dia salió Adelina sin permiso de sus padres y andando, andando, llegó á una huerta cercana, en la cual encontró varias cosas de su agrado. Paseándose por ella, vió una bonita mariposa, cuyos cambiantes colores, con el reflejo del sol, ofrecian á su vista un espectáculo admirable. Así embebecida, salió de la huerta corriendo tras la mariposa, pero ¡oh fatalidad! la mariposa cada vez se alejaba mas y mas, y la niña preocupada con el deseo de cogerla, ni sentia el cansancio, ni observaba que su rival la habia conducido á un espeso laberinto, de donde era imposible que pudiera salir sola.

A medida que el sol iba ocultándose, la mariposa aparecia ménos veces á los ojos de Adelina, hasta que confundíendose en las espesas ramas, desapareció por completo.

Entónces la niña prorumpió en llanto por haber sido de tal modo burlada, pero sin comprender aun su terrible situacion. Bien pronto vino la noche á demostrársela. Cuando observó que oscurecia, su llanto se aumentó, pero ya no era llanto de despecho, sino de un gran pesar. Se iba apoderando de ella un terrible miedo, pues en derredor suyo se cruzaban varios caminos en diferentes direcciones y no sabia por cuál de ellos habia venido. ¿Qué hacer? ¡Ah! Entónces conoció Adelina que aquello era un castigo que su Padre celestial le enviaba por haber salido sin permiso de sus padres, pues habia oido decir varias veces á su mamá, que Dios suele castigar á los hijos desobedientes. Dejóse caer en el suelo casi exánime. La fatiga, como es natural y mas en tan tierna edad, la produjo un profundo sueño y sus párpados muy pronto se cerraron.

Cuando Adelina despertó, ya era de dia, y se encontraba, sin saberlo, á algunas leguas de distancia de sus queridos padres. ¿Cómo habia sucedido esto? Vamos á verlo.

Segun ántes queda dicho, ya era de dia cuando la pobre niña volvió en sí de su aletargado sueño. Al despertar se encontró en los brazos de una mujer que, á pesar de que la acariciaba,

la infundia un horrible miedo, pues nunca habia visto una figura semejante: su tez era de un color cobrizo y llevaba los cabellos sueltos. Un hombre, tambien del mismo tipo, las sujetaba á ambas, pues todos tres caminaban sobre un caballo de gran alzada. El lenguaje de ambos era completamente desconocido para Adelina.

¿No habeis conocido quiénes componian esta pareja? Pues voy á decirlo: estos eran unos gitanos, los cuales, como es costumbre entre ellos, comerciaban en caballerías. Con este objeto habian venido á la ciudad, donde vivian los padres de Adelina, y se hallaban justamente en el bosque, cuando la niña se perdió. Comprendiendo ellos su triste situacion la cogieron, pensando que les proporcionaria algun lucro, ya cantando, ya bailando, etc., como en efecto lo intentaron.

¿Pensais vosotros, niños, que era esto lo que debian haber hecho? Ya me parece oir la respuesta de cada uno de vosotros. No, ellos debian haberla devuelto á sus padres en el momento, pero como tenian la desgracia de no conocer á Dios, como vosotros le conoceis, tampoco sabian su santa Ley y obraban contra ella.

Dejemos á Adelina con los gitanos y veamos lo que hicieron sus padres cuando la echaron de ménos. Como ya sabemos, estos señores estaban descuidados cuando su hija se ausentó. Llegada la hora de comer, llamaron á Adelina creyendo estaria en el jardin,

pero Adelina no contestaba; la buscaron por todas partes, mas la niña no parecia.

«¡Oh! ¡qué desgracia la nuestra!» decia su mamá, «nuestra niña se ha perdido y tal vez para siempre.» El papá anduvo mucho buscando á su querida hija, mas todo en vano; nadie le daba razon del tesoro que habia perdido, y así volvió á su casa triste y sin consuelo meditando su desgracia. Los abuelos tambien lloraban la gran pérdida que habian tenido, y todo era un mar de lágrimas por Adelina.

Ya podeis figuraros, qué gusto tendrían para ninguna clase de distracciones; nada les agradaba, no teniendo su hijita á su lado. Por lo cual sin esperar á que el verano acabase, abandonaron la granja y se fueron á la ciudad, poniendo siempre todos los medios para encontrar á su querida hija.

(Se continuará.)

LOS DOS CORDERITOS.

(CONTINUACION.)

Cuando *Atrevido* llegó, se quejó á él de la triste noche que habia pasado. El cabrito lo compadeció y le prometió recompensarle aquel mismo dia.

El cordero creyó las palabras de su amigo, y marchó con él en busca de nuevos pastos; pero solo desengaños eran los que le esperaban.

Mucho tiempo pasó así; cada dia al levantarse el infeliz corderillo, marchaba á buscar nuevos placeres, y al re-

tirarse á descansar en la noche, solo sentía dolores en el corazon, amarguras y tristeza. Su fina lana se vió rasgada por las espinas del monte: sus delicados pies heridos por las duras piedras del valle, y hasta el hambre y la sed se dejaron sentir en él no pocas veces; pero lo que mas le atormentaba eran los ronos rugidos del leon, que retumbaban en aquel valle solitario. Por otra parte, sus compañeros le reñian y á veces le maltrataban y *Atravido*, en cuya amistad siempre fiaba, llegó al fin tambien á abandonarle.

Un dia que andaba pensativo y solo, comenzó á quejarse así:

«¡Ay de mí! ¡cómo pude abandonar aquel redil donde tan feliz vivia! ¿Por qué no habré escuchado la voz cariñosa del pastor que me salvó? ¡y mi hermanito, mi querido *Pacífico*! ¡ay! ¡qué horas tan deliciosas hemos pasado juntos! ¡ojalá pudiera yo volar á veros, pastor querido, amado hermano mio! ¡Cuán infeliz soy!»

No bien hubieron escapado de su boca estos lamentos, cuando oyó un balido, y volviendo la cabeza de repente, vió una oveja que yacia en el suelo herida y moribunda.

«Pobre cordero ¡qué haces aquí? dijo la oveja con voz apocada y débil; ¿no sabes que el feroz leon se halla muy cerca? me ha herido mortalmente, como ves, y no puedo librarme de él; pero tú, que tienes fuerzas todavía para correr, ¿por qué no huyes ántes que sea demasiado tarde?»

«Y ¿á dónde puedo ir? contestó *Inesperto*.» «No hay sino un lugar donde puedas estar seguro,» respondió la oveja. «Este lugar es aquel redil que se encuentra en ese feliz valle, que tú imprudente y neciamente has abandonado. Yo sé bien que fué uno de aquellos compañeros el que te incitó un dia á abandonar esa tranquila mansion. ¡Ojalá que en vez de darte tan malos consejos hubiera pedido entrar contigo en el valle! El pastor es bien seguro, no le hubiese echado fuera.»

(*Se continuará.*)

MAXIMAS PARA NIÑOS.

La educacion es para la juventud, lo que el agua para las plantas.

No debe perderse el tiempo para la instruccion, porque una vez pasado no vuelve.

El estudio es el caudal de la juventud.

Se ve á menudo el mal donde no existe, y raramente el bien donde está.

PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

¿Quién reveló á José, esposo de María, el futuro nacimiento de Jesus?

¿Quién le anunció el nombre que debia darle?

¿Cuál fué el nombre del niño?

¿Qué significa la palabra Emanuel?



LA ORACION.

Las Santas Escrituras nos presentan muchos ejemplos del poder de la oración, y las mas grandes promesas para el que ora. Nuestro Señor Jesucristo dijo: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque cualquiera que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, á quien si su hijo pidiera pan, le dará una piedra? ¿Y si le pidiera un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros siendo malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos, dará buenas cosas á los que le piden?»

«Mas tú cuando oras, éntrate en tu cámara y cerrada tu puerta, ora á tu padre en secreto; y tu Padre que ve en secreto, te recompensará.»

LOS CAMINOS DE LA PROVIDENCIA.

(Continuacion.)

Entre tanto el tiempo iba pasando,

y así trascurrieron hasta dos años, cuando la mamá á causa de su gran pena y de los muchos trabajos pasados en este tiempo, empezó á enfermar gravemente, por lo cual los médicos le mandaron que fuese á España, á la parte del Mediodía, pues con los aires saludables de la Bética seria probable que recobrase la salud.

En efecto, se fueron á Córdoba donde pasaron algunos dias y vieron la hermosa mezquita: como no escaseaban de dinero, el caballero se propuso hacer ver á su esposa las principales ciudades de Andalucía, á fin de distraerla algun tanto de la pena que la agobiaba. A este fin la llevó á Sevilla para que viese la Giralda; á Granada donde visitó el gran palacio de la Alhambra y otros edificios notables; y por fin fijaron su residencia en Málaga. Todos los dias tenia que salir la mamá á dar un gran paseo en su coche, pues lo delicado de su salud no la permitia hacerlo á pié; y como su esposo no podia acompañarla por las muchas ocupaciones que tenia, lo hacia un criado, hombre fiel. Este tambien habia conocido á nuestra pequeña Adelina, por lo cual habia tambien participado del disgusto de sus señores, y como ellos ansiaba volverla á ver.

Un dia, yendo la señora con el criado á dar el paseo acostumbrado, vieron junto á una arboleda una niña de unos ocho años que por su traje y figura triste parecía implorar una limosna. En efecto, cuando el coche se acer-

có al sitio donde estaba la niña, ésta se adelantó é imploró el socorro de los caminantes. La señora cuyo compasivo corazón nó podía ver una lástima sin socorrerla, se conmovió mucho mas cuando vió que era una niña la que la suplicaba y dijo para sí: «¡Ah! si mi pobre Adelina no ha muerto, tal vez tendrá tambien que pedir una limosna, como lo hace esta niña sumida en la desgracia. ¡Oh! nunca debemos cerrar nuestros oídos al clamor de estos pobres pequeñitos.» Y á medida que pensaba esto, su corazón se entristecía recordando á su hija, y sentía mas deseo de socorrer á aquella niña. En seguida mandó al criado detener el coche y sacando su bolsillo, dió un buen socorro á la mendiga.

(Se continuará.)

LOS DOS CORDERITOS.

(CONTINUACION.)

«Mas ahora, dijo el cordero, no me atrevo ya á volver al sitio que he abandonado.»

«De todos modos es imprudencia, es locura quedarse aquí en este sitio, contestó la oveja: mira, ya se acerca, ya viene hácia aquí el leon.»

En este momento, cuando la moribunda así hablaba, *Inesperto* vió un rebaño de ovejas y corderos que bajaban precipitadamente la montaña, como si huyeran perseguidos de un enemigo terrible; y pudo escuchar el ronco

rugido del leon que se hacia cada vez más perceptible.

Entónces empezó á temblar de miedo y gritó con voz desesperada, «¿qué haré? ¿á dónde iré?»

«Huye al valle, contestó la oveja, hay tiempo todavía; mira á esa estrella que brilla en el Oriente, marcha por donde ella te guie, y ántes que el dia amanezca encontrarás el redil. Anda, no te detengas.»

Dicho esto la oveja cayó moribunda.

Inesperto le dió gracias, y escapó como le habia indicado. Su viaje fué largo y difícil: pero tenia los ojos fijos en la estrella, y anduvo en la dirección que le trazaba durante toda la noche. Cuando comenzó á despuntar la nueva aurora, á lucir el claro dia, conoció que se encontraba ya muy cerquita del valle; valle, que si le fué muy fácil dejar, no lo era tanto volver: la bajada de la montaña era difícil, peligrosa: hizo esfuerzos supremos, combatió con los obstáculos, luchó, pero estaba tan cansado, tan fatigado se hallaba, que al fin ya no pudo mas. Oyó de nuevo el rugido del leon, y su pobre corazón latia con violencia de miedo.

En este momento, volviendo tristemente los ojos al valle, vió al buen pastor que salia del redil, llevando á *Pacífico* en sus brazos. ¡Ay! ¡cómo deseaba entónces ir á juntarse con su hermano! pero no pudo andar mas. Vió que el pastor trepaba con el corderito á la cumbre de la montaña,

donde como habia dicho á los corderos, se hallaba el otro redil, mas hermoso, mas agradable, mas placentero que el valle. Hacia aquel dirigia sus pasos el pastor, é *Inesperto* pudo contemplar bien aunque de léjos, sus doradas puertas, resplandecientes de luz, que se abrian de par en par para recibirlos, y percibir los melodiosos sonidos de la música mas dulce y armoniosa que salian del redil, y llegaban hasta él.

Pasados algunos momentos regresó el pastor; ¡ay! decia dentro de sí *Inesperto*; ¿me atreveré á salirle al encuentro? y se levantó, intentó andar, pero era en vano, no podia, le faltaban las fuerzas; entónces oyó la benéfica voz del pastor que le decia: «no temas, pobre corderito, yo te salvaré, porque puedo salvar á todos los que á mí vienen.»

Inesperto hizo un último y supremo esfuerzo, y en el instante mismo en que cayó el leon en el sitio donde él se hallaba, se arrojó precipitadamente á los piés del buen pastor fijando en él sus tristes ojos llenos de arrepentimiento y de amor.

Yo conozco de tal suerte el carácter de ese pastor, su ternura, su bondad y su amor para todos aquellos que se confian á El, que no puedo dudar ni un momento siquiera de que dejará de recibir en sus brazos en el acto, al perdido corderillo y lo llevará al redil, como no puedo dudar tampoco que desde ese instante dichoso aquel cor-

dero feliz conoceria que la dicha verdadera solamente puede hallarse en ese refugio, esto es, bajo su amparo y proteccion.

Queridos niños, esta historia es una parábola que puede enseñaros mucho útil y sobremuera bueno. El buen pastor no es un personaje ficticio, no; ha existido en los tiempos pasados y existe todavía en la actualidad. Acaso alguno de vosotros dirá, ¡ay! ¿cómo me gustaria conocer á ese Pastor!

Pues está en vosotros conocerle. Es el señor Jesu-Cristo, nuestro amante Salvador, es el Hijo escelso de Dios. Como los corderitos de que hace mencion esta historia, nosotros estuvimos todos en poder del leon terrible, esto es, el Diabolo, que anda como leon rugiente en derredor de vosotros buscando á quien devorar. (1 Pedro 5, 8.) Pero Jesus el buen Pastor nos ha librado de este terrible enemigo el Demonio, muriendo por nosotros en la Cruz, y derramando su preciosa sangre por nosotros. Los que en Él creen, los que le siguen, son ovejas y corderos de su redil. El valle en que estos residen es la vida, imitacion de la suya, la vida cristiana. Como el corderillo de esta historia fué incitado por el cabrito un dia á dejar el redil de su pastor, así tambien los malos compañeros incitan muchas veces á los jóvenes á abandonar la senda derecha, el camino recto, y á seguir el sendero escabroso de los placeres vanos é insensatos, los cuales, á semejanza de la yer-

ba y el agua de la montaña, no pueden nunca satisfacer el hambre devoradora ni apagar la sed ardiente del alma. Solo se encuentra en Jesus el verdadero descanso y la alegría y el gozo del corazón. Él mismo dice:

«Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor su vida dá por sus ovejas.»
«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen; y yo les doy vida eterna y no perecerán para siempre, ni nadie las arrebatará de mi mano.»
(Juan 10, 11. 27. 28.)

EL CABALLO, EL CIERVO Y EL CAZADOR.

(FÁBULA DE ESOPPO.)



El caballo y el ciervo riñeron un día, y viendo el caballo que el ciervo le hería y maltrataba, y que era mas ligero en correr, y que de ninguna manera le podia vencer, fuése á encontrar un cazador y díjole: «Quiero mostrarte un ciervo maravilloso; si puedes herirle con tus flechas ó tu lanza, tendrás mucha carne que comer, y de su cuero y de sus cuernos sacarás mucho dinero.»

Llevado el cazador de la codicia, le contestó: «¿Cómo podré yo coger ese ciervo?» Respondió el caballo: «Monta sobre mí y te lo mostraré.» El cazador montó en el caballo, y se fué por donde estaba el ciervo. Pero como el ciervo sintiese venir aquel cazador para prenderle, huyó por la

montaña y se escapó. El caballo viendo ya defraudadas sus esperanzas, rendido y fatigado dijo al cazador: «Una vez que no has podido prender al ciervo, apéate y sigue tu vida acostumbrada y déjame en libertad.»

«No quiero dejarte,» dijo el cazador desde la silla; «una vez que has venido á mi poder, quedarás ya para mi descanso y regalo, y si comienzas á tirar coces, mira que en la mano tengo un palo, con el cual te domaré.»

El que prepara lazo á otro, á veces es en él cogido.

PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

- ¿Qué disposicion mostraba José?
- ¿Con quién fué desposada María?
- ¿Cuál fué la reputacion de José?
- ¿Qué profecía se cumplió con el nacimiento de Cristo?

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de cuatro cuartos cada número.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal, para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia de España ó universal, Geografía, Física ó Historia natural, de cuyas materias tan amenas, cuanto útiles, saldrán ya algunos artículos en el número inmediato.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Extranjera, Calle de Jacometrezo, 59.

MADRID: 1874.—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.